

## MÁS DATOS PARA LA VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN

### II

b) Llegada probable de Colón á Portugal después del combate del Cabo de Santa María (13 de Agosto de 1476): equivocación de los biógrafos al hablar de este hecho.—c) Otro combate junto al Cabo de San Vicente (21 de Agosto de 1485).—d) Embajada del Soldán de Babilonia al Rey Católico (1489).—e) Hasta dónde llegó la protección de Isabel la Católica á la Bobadilla, protectora de Colón.—f) Nueva interpretación de las siglas que preceden á la firma del Almirante.



OR los años de 1476 infestaba el mar de Occidente un pirata, oriundo de Gascuña, llamado Colón, que con sus triunfos por mar, consiguió reunir gruesa armada y llegar á ser almirante del rey Luis XI de Francia, enseñando á los franceses nuevas prácticas de navegación, pues hasta su tiempo se les tuvo por poco expertos

en el arte marítimo. El citado Colón, que había hecho guerra á los ladrones largo tiempo en el territorio francés, vino á caer en la desgracia tras varios sucesos, y ya pasados los cuarenta años, se consagró á la vida de mar, en la que desplegó habilidad suma, unida á gran crueldad y perfidia.

Pronto se le reunieron algunos vascongados, franceses, ingleses y alemanes inclinados á la piratería; construyó una gruesa nave, reforzada con grandes vigas en los costados para resistir el choque de las máquinas enemigas; inventó armamentos diversos, y en épocas determinadas, salía del puerto de Harfleur, plaza de Normandía, en la costa del Océano frontera á Inglaterra, y atacando furiosamente á cuantas naves mercantes encontraba en la travesía, se apoderaba de sus riquezas.

En sus correrías había llegado á las costas de Portugal y al golfo de Cádiz, diri-

giendo sus principales ataques contra portugueses y genoveses; y el Rey de aquella nación, Don Alfonso, aliado entonces del inglés contra Francia, había enviado una armada en persecución del pirata. Mas hechas luego las paces, firmado pacto entre Francia y Portugal, y deseando el rey Luis desahogar con España la rabia de la derrota que del inglés había recibido, ocupando Vizcaya ú otra provincia limítrofe, mandó á Colón, antes que se declarase la guerra, que se reuniera con los portugueses. Vino él á Lisboa con siete gruesas naves y púsose en espera de los mercaderes vascongados que llevaban á Flandes aceite, vino y otras mercaderías. Muy ajenos estaban éstos de temer nada de Colón, con quien tenían frecuente trato, á quien algunas veces habían acogido benignamente, y en cuyas naves iban muchos marineros de Vizcaya; mas el pérfido pirata, al divisarlos junto al Cabo de San Vicente, puso hacia ellos las proas. Seguros entonces de que venía á su encuentro, marchan confiados hacia él, creyéndole amigo, y por tanto, sin cuidarse de tomar las armas, y según costumbre de la gente de mar, le preguntan con qué intención viene en su busca. Colón saca bandera de amigo, y se limita á pedir que los patrones de las naves, conocidos suyos, pasen á la suya para ver por las relaciones de carga si los genoveses han introducido alguna entre las demás. Obedecen inmediatamente los incautos vascongados, y el pérfido pirata los obliga á que le entreguen las nueve naves. Lograron escaparse dos, merced á la astucia de cierto vascongado; pero el cargamento de vino y aceite de las otras siete, se llevó á vender á Inglaterra. Marcharon andaluces y vascongados á la corte á reclamar contra el inicuo despojo, confiados en la estrecha alianza del rey Eduardo con nuestro Don Fernando; pero no fueron atendidos; y el rey de Francia por su parte, con ultraje de la justicia y del derecho de gentes, pues aún no se había declarado la guerra, no se avergonzó de entregar á Colón como buena presa las siete naves y despedir á los reclamantes españoles con agria respuesta.

Este inicuo atropello fué el principio de la guerra entre franceses y castellanos, fomentada en Castilla por los adictos de Don Alfonso de Portugal.

Nuevamente salió á campaña Colón, cuando tenían los franceses cercada Fuenterrabía, sin que lograsen los nuestros obligarlos á la pelea por las rivalidades de aquellos jefes. Entonces el rey Luis mandó al pirata que preparara una expedición contra los españoles. Don Fernando trató de oponerla otra de treinta naves, y á pesar de la escasez de recursos, logró reunirla y puso á su frente á Ladrón de Guevara, noble sujeto, oriundo de las provincias vascas, muy experto en otras artes; pero poco en la navegación, y además cargado de años. Por tales respetos acordó el Rey poner á su lado á Gracián de Agramont, noble cántabro, de gran pericia militar, y de tanto valor como ingenio, y al joven aragonés Tolón <sup>1</sup>, joven de talento y expedición.

El francés pudo despachar antes á su almirante Colón, porque éste tenía siempre dispuestas, en su segurísima madriguera de Harfleur, trece naves tripuladas con marineros aguerridos de varias naciones, y fondos para pagarlos.

La nave mayor, sin embargo, naufragó en Bermeo, y poco faltó para que la tor-

<sup>1</sup> Era Pedro Tolón, primo del Secretario de los Reyes Católicos, Gaspar de Ariño.

menta estrellase contra las rocas á las demás, que pudieron salvarse retirándose mar adentro á velas desplegadas.

En las costas de Asturias y de Galicia quiso Colón resarcirse del naufragio, saqueando los pueblos; pero escarmentáronle duramente los gallegos en Ribadeo, mándole mucha gente y obligándole á refugiarse maltrecho en Portugal.

Allí le aguardaba el Rey para reunir las dos armadas, dejar víveres y refuerzos á las guarniciones de Ceuta, Tánger, Alcazarquivir y Arcila, é ir á Narbona á celebrar las deseadas vistas con el rey de Francia.

Había enviado por entonces á Ceuta el duque de Medina Sidonia una expedición de 5.000 andaluces contra los portugueses, á quienes tenían ya acorralados y casi vencidos, con pérdida por su parte de solos treinta hombres; pero como el verdadero objeto del Duque era apoderarse de Gibraltar, donde vivían muchos de los conversos de Córdoba que intentaban pasar á Jerusalén, dió orden repentina á su gente de pasar al otro lado del Estrecho. Allí hubieran sido exterminados seguramente por los portugueses que enviaba Alfonso V con el almirante Colón, si la audacia de éste no le hubiera precipitado á nuevo descalabro. Propúsose limpiar de embarcaciones enemigas las costas andaluzas hasta Gibraltar, y lo comunicó al rey de Portugal, que recibiendo á la sazón noticias del aprieto de Ceuta, hizo armar apresuradamente dos gruesas naves que aún le quedaban de las pasadas derrotas, la *Real* y la *Lope Yañez*, y embarcando en ella muchos nobles portugueses, hízolas reunirse con las once de Colón en socorro de Ceuta.

Por aquellos días habían salido del puerto de Cádiz cuatro galeras genovesas y una de Flandes, llamada de *Pasquerio*, con rumbo á Inglaterra, seguras de todo mal encuentro, por la capacidad de los vasos y el número de marineros, aumentado considerablemente esta vez por los mercaderes genoveses, escarmentados por triste experiencia.

En cuanto las divisó Colón, envió la carabela capitana á preguntar á quién pertenecían y qué intentaban. Contestaron los genoveses que bien sabía el almirante de Francia que tenían estrecha alianza con esta nación, y por consiguiente libre tránsito por los mares. Colón quiso emplear con los genoveses el pérfido ardid que tan buen resultado le dió con los vizcaínos, invitando al jefe de la armada, á los maestros y á los principales mercaderes á subir á su nave y á enseñarle sus salvoconductos; mas ellos, recelándose de la traición, se negaron á obedecer y tomaron las armas. Entonces Colón se adelantó con la *Real* contra una de las genovesas y la *Lope Yañez* se colocó al costado: otras dos del almirante clavaron su arpón en la flamenca de *Pasquerio*, soberbia galera de altísimas bordas, á que en lengua alemana llamaban *urca*: las otras dos grandes genovesas que nada tenían que temer de las carabelas de Colón, auxiliaban á sus compañeros. Colón, que se vió lanzado fuertemente de la de *Pasquerio*, mandó á otra de sus gruesas naves que la atacase por el costado opuesto para que entre las dos, repletas de soldados escogidos, lograran apresarla; mas viendo que todo era inútil, resolvió apelar á sus artificios de fuego, que con las

llamas sulfúreas y las chispas volantes, llenaban el espacio é infundían terror al enemigo, destruyendo sus embarcaciones. Esta vez, sin embargo, el recurso fué igualmente funesto para ambas partes, porque cuatro naves de Colón, á saber: la *Real*, la que estaba pegada al costado de la genovesa, la que peleaba con la otra grande y la que quería apoderarse de la de Flandes, fueron pasto de las llamas, juntamente con otras tres, menores. También lo hubieran sido las dos genovesas, á no acudir inmediatamente á extinguirle los marineros, que no pudieron librarse de perecer á manos de los enemigos que en gran número cargaron sobre ellos. También sucumbieron todos los genoveses y alemanes de las demás naves, á excepción de 150 que se echaron á nado y fueron recogidos por barcas portuguesas que desde la costa de Lagos presenciaban el combate.

De los portugueses perecieron ahogados 500 hidalgos, imposibilitados de nadar por las pesadas armaduras; y otros 2.000, parte franceses, parte portugueses, perdieron la vida en el agua, en el fuego ó al filo de la espada. Colón logró salvarse con unos pocos, metiéndose en embarcaciones ilesas; pero tal desesperación le causó el desastre, que ahullando y llorando como una mujer, se arrancaba los cabellos y la crespa barba, renegando de la alianza portuguesa que tan funesta le había sido.

Libróse este combate, que duró diez horas, el 13 de Agosto de 1476, no lejos del Cabo de Santa María y á pocas millas del puerto de Sanlúcar de Barrameda. Quedaron destruídas siete galeras; de ellas, cuatro de Colón y portugueses, una de las genovesas y la *urca* de Flandes. Dos genovesas en que habían sucumbido casi todos sus defensores, lograron arribar á Cádiz.

No faltaba quien achacase el desastre á la buena estrella del rey Don Fernando, ya que genoveses y portugueses eran enemigos de la Corona de Aragón y del poderío castellano; pero fué notorio lo mucho que sintió aquel Soberano el daño de los genoveses, á los que trataba de reconciliar con los catalanes y hacer amigos de los castellanos, por consejo de su tío D. Fernando de Nápoles, que á la sazón pactaba alianza con Génova.

Pero fuéle mucho más doloroso el desastre al rey de Portugal, que necesitaba ir escoltado por la armada de Colón, para la expedición que proyectaba á las costas de África y á la entrevista con el rey de Francia, en Narbona. Hízolo al cabo; pero en el puerto de Colibre se separó de él el almirante francés, que veía ya disminuído su primitivo poder, y se negó á navegar hacia el Oriente, y con las carabelas y embarcaciones menores, hizo rumbo al Occidente y Norte, é intentó otra vez atacar á los gallegos y apoderarse de un puerto para en él restaurar su armada. Tuvo aviso, sin embargo, de la gran expedición de 30 galeras que por orden de D. Fernando se preparaba en Bilbao con orden de recorrer desde las costas vascongadas hasta Cádiz, defender á los gallegos y combatir á Pedro Alvarez de Sotomayor, que ocupaba á Tuy y auxiliaba á los portugueses, y renunciando á sus propósitos, marchó apresuradamente á su madriguera de Harfleur.

c) Los venecianos, rivales de los genoveses y ambos enemigos del rey de Nápoles, habían enviado á España á Pedro Soranzo á quejarse de la captura de una galera suya, y á sondear principalmente las disposiciones del Rey en su favor ó en el de los genoveses. Era Dux de Venecia Juan Mozenigo, que murió poco después.

Hallábase Soranzo en Alcalá cuando se recibió la noticia de que cuatro galeras venecianas, cargadas de ricas mercaderías, habían salido del puerto de Cádiz para Flandes y al llegar al Cabo de San Vicente, habían sido acometidas por el cruel pirata Colón (hijo del difunto y no menos temido del mismo nombre), el cual, con siete grandes naves, las había apresado y saqueado, dando muerte á gran parte de las tripulaciones. Sucedió esto el 21 de Agosto de 1485.

El Rey Católico sintió mucho el hecho, principalmente porque las galeras llevaban mercaderías de sicilianos para cambios en Flandes, y así envió un legado con la correspondiente protesta.

Soranzo tuvo que prolongar su estancia en Castilla hasta que logró cartas del Rey Católico para los demás soberanos de Occidente recomendándoles que no ayudasen al cruel pirata, antes le obligasen á devolver lo robado. Fué inútil la solicitud de Soranzo.

d) No soy yo el primero que ha hecho observar la influencia que las amenazas de destrucción del Santo Sepulcro que llegaban de Oriente pudieron tener para decidir á los Reyes Católicos á vencer los obstáculos que se oponían al viaje de Colón. El ilustrado P. Cappa, en nota á la pág. 122 de su libro *Colón y los españoles*, apuntó ya la idea. Pero creo curioso reproducir los detalles del hecho, ocurrido precisamente en el año 1489, próximo ya el que había de ser decisivo para el descubrimiento. En aquel año llegaron á la corte de los Reyes Católicos dos religiosos, uno de ellos el Prior de la iglesia del Santo Sepulcro, enviados por el Soldán de Babilonia, á quien los moros granadinos, estrechados ya en su último baluarte, habían acudido quejándose de la terrible guerra que se les hacía. Aquel religioso dijo á los Reyes, sollozando, que el Soldán les hacía saber por su conducto, que si no suspendían las hostilidades contra los granadinos, haría degollar á todos los cristianos de Palestina y destruiría el Santo Sepulcro.

La respuesta del Rey Católico fué digna de su grandeza de ánimo y de sus dotes de gobierno. «Decid al Soldán, les contestó, que puesto que los moros invadieron y conquistaron á España, justo es que España trate de arrojarlos de ella reconquistándola: que el Santo Sepulcro no puede ser destruído; pero si lo fuese, acabarían para el Soldán las cuantiosas exacciones que saca de los peregrinos que allá van; y finalmente, que si pasa á cuchillo á los 1.000 ó pocos más cristianos que en Jerusalén viven, sobre procurarles el cielo con el martirio, será causa de que yo haga perecer 100.000 agarenos en España.»

Tanto debieron pesar estas razones en el ánimo del Soldán, que las amenazas no se realizaron, y tal vez produjeron el favorable resultado de inclinar decididamente el ánimo de los Reyes en favor del aventurero que les prometía el medio seguro de no tener que temerlas en lo sucesivo.

e) Por el mes de Julio de 1476 se hallaba la Reina Católica en Tordesillas y la Princesa niña en el Alcázar de Segovia al cuidado del alcaide, devoto de Andrés de Cabrera, marido de la Bobadilla. De repente se presentó un mensajero, despachado á toda prisa desde Segovia, con la noticia de que la ciudad estaba alterada porque Alfonso Maldonado se había hecho dueño furtivamente de la fortaleza. Los que acompañaban á la Reina la miraron al rostro, y no observando alteración alguna en sus facciones, juzgaron que estaba en el secreto, principalmente la Bobadilla <sup>1</sup>, que al par que su marido, tenía puestas sus esperanzas de constante favor en la guarda de la Princesa y en la tenencia del Alcázar de Segovia. Quedó aterrado el matrimonio al oír la noticia, y vióse obligado á recurrir á la benevolencia del Cardenal D. Pedro González de Mendoza y del Conde de Benavente, presentes á la sazón y favorecedores ambos de la Bobadilla, con beneplácito del marido que, despreciando las murmuraciones de los cortesanos, acogía á los dos magnates en su casa con igual cordialidad. Hallaron los cónyuges el auxilio que pedían, y Andrés de Cabrera se puso en marcha con 30 caballos, mientras la Reina disponía la suya hacia Segovia el 1.º de Agosto, algo más tranquila por haber traído un segundo mensajero noticias menos alarmantes. Dijo éste que Maldonado no era dueño más que de parte de la fortaleza, y que el hecho se contaba en la ciudad de este modo: que airado aquél contra Andrés de Cabrera por haberle quitado la alcaidía del Alcázar, y deseando vengar este y otros ultrajes, había reunido algunos parientes el 30 de Julio, había penetrado en el Alcázar, á cuyas guardas inspiraba gran confianza, y atravesando de una puñalada al portero, había dado entrada á cinco de sus cómplices, se había apoderado del alcaide Pedro de Bobadilla, padre de Beatriz, y en seguida se había dirigido á tomar la torre principal, donde acaso se hallaba la Princesa; pero el ama y las doncellas, al oír el rumor, habían cerrado la puerta de la torre, y dando gritos desaforados desde las ventanas, habían conseguido que acudieran soldados y ciudadanos, obligando á Maldonado á recogerse á la torre delantera con sus cinco parciales, dejando en poder de los leales el resto del Alcázar y libre y respetada á la Princesa.

En el rostro de la Reina se manifestó entonces visiblemente el gozo que le causaba la noticia, y empezó á consolar á la Bobadilla, prometiéndola castigar terriblemente la maldad de Maldonado.

Aquel mismo día marchó á Olmedo; cenó y descansó breve rato; salió á media no-

<sup>1</sup> No debe olvidarse que, según Zurita, Doña Beatriz de Bobadilla y Doña Mencía de la Torre, doncellas de la reina Isabel, fueron puestas á su lado por el Maestre de Santiago para disuadirla del matrimonio con Don Fernando.

che, y antes del medio día entró en el Alcázar por un postigo, cerciorándose de que los que ocupaban la torre delantera habían huído ya; pero también supo que los partidarios del obispo D. Juan Arias, enemigo de Andrés de Cabrera, ocupaban la catedral, separada del Alcázar por estrecho foso, y la puerta de Santiago, tomada por el pueblo, que combatía furiosamente las de San Juan y San Martín.

La Bobadilla, cuyo marido había entrado el primero en el Alcázar, mezclándose con los criados de la Princesa, cuando vió desvanecido su antiguo predominio, pidió pronto auxilio á sus favorecedores el Cardenal y el Conde. Acudieron ellos al punto á la Reina y trataron de convencerla de que no hiciera caso de los clamores del pueblo, ni privaran á Beatriz y á su marido del favor tan justamente alcanzado, para lo cual encomiaron con grandes ponderaciones sus servicios.

La Reina, impresionada por las contrarias excitaciones de éstos y del pueblo, parecía querer atender, ya á unos, ya á otros, dando á todos buenas palabras; pero mandando ante todo á los de la ciudad que dejaran de batir las dos puertas. Cuando el pueblo observó la lenidad de la Reina, prorrumpió en violentas recriminaciones contra el alcaide Andrés de Cabrera, y como si hubiesen sacudido el yugo con que por tanto tiempo les habían dominado él y su mujer, clamaban con muy libres palabras, diciendo que era inicuo que una ciudad tan principal fuese oprimida por un advenedizo, supeditado á la voluntad de su mujer, la cual abusaba á su antojo del favor Real y retenía descaradamente en su poder á la ilustre Princesa niña, como prenda de su futuro engrandecimiento.

La Bobadilla acusaba con destempladas voces ante la Reina al pueblo de despreciador de las leyes, puesto que había despojado de los cargos públicos á los amigos de su marido.

Al oír esto Luis de Mesa, honrado ciudadano de Segovia, y con justicia estimado de la Reina, con mayor audacia que los demás, acusó públicamente á la Reina de excesiva lenidad, por haber sufrido la blasfemia de Beatriz al decir que ella y su marido tenían puestos en los cargos públicos de Segovia á sus partidarios, sin avergonzarse de proferir tales palabras ante tan excelsa soberana. Cuando luego se convenció de que habían persuadido á la Reina no sólo á que devolviese á Andrés de Cabrera la Alcaidía y los demás cargos públicos, sino á que declarase á Alfonso Maldonado y á los demás libertadores de la Princesa Isabel traidores y reos de ignominioso crimen, se atrevió á decir lo siguiente:

«En esto, ínclita Reina, habéis querido superar el poder de la Fortuna, porque nos habéis quitado en vida lo que ella jamás logró arrancar del corazón del hombre, la esperanza. Además habéis trastornado las leyes de la gratitud, manchando con la nota de traición á los libertadores de vuestra única hija, más bien dignos de premio, y manteniendo en vuestra intimidad á los que os consta han sido opresores de la libertad, á los cuales queréis volver á hacer señores, mejor dicho, tiranos de esta desdichada ciudad.»

Muy amargas fueron para la Reina las quejas de Luis de Mesa; pero agradaron

mucho al pueblo y al Obispo que, quejoso de Andrés de Cabrera, le menospreció en público, y acusó de grave ingratitude á la Reina porque había descubierto á los grandes la esclavitud que sufría en este punto y la opresión en que estaban los leales, quejándose amargamente de que hubiera disimulado durante dos meses sus propósitos.

El haber cedido la Reina á los ruegos de los favorecedores de la Bobadilla, y el haber temido su enojo y sus amenazas cuando aparentaron separarse de su partido si se negaba á restituir el Alcázar y los cargos públicos de Segovia á los amigos de aquel matrimonio, fueron luego causa de muchos y graves inconvenientes.

f) Punto de curiosidad ciertamente, pero interesante por referirse á Colón, y de actualidad, por serlo todo lo suyo, es el relativo á la interpretación de las siglas que preceden á su firma en documentos de cierta importancia.

Muchas son las hipótesis acerca de su significado y mucho lo que se ha escrito sobre el asunto. Entre otros, Mr. E. M. O. Doguée ha publicado en 1891 un artículo que ocupa 27 páginas del *Boletín de la Academia de la Historia*. Propone esta lección: *Sit sibi antecedens semper Xristus Maria Jesus: Xristo ferens*.

Esta interpretación y otras, más ó menos ingeniosas, que se han dado, satisfacen algunas veces; pero aún no convencen, por falta de apoyo documental. El tener alguno es lo que me decide á aventurar otra hipótesis que podrá no ser la verdadera; pero que al menos, es de las más naturales y sencillas.

Tengo á la vista un cuaderno de 32 páginas, escrito en 1459, época en que ya seguramente navegaba Colón, y cuyo título es: «Acordatz de la galeaza *Santa Maria* »y San Martin, patronejada per en Martí Lorenç Torroella»<sup>1</sup>. Allí consta que éste tomó posesión de la galeaza en Nápoles á 18 de Mayo de 1459, y que en ese año y en los dos siguientes el conde de Cocentaina, D. Juan de Corella, la envió para el servicio del rey de Aragón.

Contiene exclusivamente el cuaderno los nombres de los tripulantes<sup>2</sup>, con notas

<sup>1</sup> Tal vez de la familia del noble caballero valenciano Mosen Juan Torrella (casado con Antonia, hermana de la célebre Lucrezia d'Alagni) y de Frey Carlos Torrella, caballero de Rodas y hermano de aquél, que en 1465 se halló en el cerco de Isca con una armada.

<sup>2</sup> Como entre ellos hay algunos bien conocidos en las historias de las navegaciones de aquella época, doy aquí sus nombres: Rafael Monech de Mallorca; En *Jaume Roig*, Conseller; En Pere Bossat, id.; En Agostinello di Gata di Sorrento; En Perico di Voltays; En Antoni Jouer; Francis Jornet Remolar; Pere Valldaura; Stati di Candia; *Johan d'Arana*; Francisco Dilia; Berthō Muntayas; Johan di Messina; Antoni Grech; Pere Ortigues; Nicola Andria; Luca Simó; Luca di Ragosa; *Johan di Valencia*; Johan Jacomi; Juliano Russo de Llisar; Jacomi del Careto; Toledo de la Yayna, grech; Antonello de Zaragoza; Matheu Ungaro; Johan, fill de Todero, albanés; Francisco Sart; Alfonset de S. Vicent; Johan, fill de Natale di Ragoça; Pere Lorenz; Gens de Rems; Ventiunya; Antoni Collara; Simon Dizara; Antoni di Capua; Guillen; Sabatino Trinynello; Johan Albanés; Chimento Pollizi; Jordi de Zara; Nicolo Venecia; Miguello di Malfa; Bartulo, húngaro; Vermillelo de Castellamar; Matheu del Gotzo; Gaspar Pla; Johan Scalante; Petro Venecia; *Marti de Mendía di Bitbau*; Anthoni Andreu; Johan di Rohan; Antoni Corço; Bernat Marti di Mallorca; Jaume Castelló.—Prohers.— En Domingo Navarro; Perot de Fontarrabia; Bertho Corço; Jaume d'Arenys; Cola, fill de Petro de Ragosa; Nicolo de Piero;

de los sueldos devengados por cada uno, y á la cabeza de todas las páginas de la izquierda, y en algunas de la derecha, se repite invariablemente esta salutación:

Jhus. M.<sup>a</sup> saluans. MCCCClviiiij.

Repítese asimismo al principio de otros dos cuadernos donde se apuntaban los gastos de la galeaza.

Colón sólo nos dejó estas vagas indicaciones acerca de las siglas en la institución de Mayorazgo, hecha en 22 de Marzo de 1498: «... mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X con una S encima, y una M con una A romana encima, y encima della una S, y despues una Y griega con una S encima, con sus rayas y virgulas, como yo agora fago, etc.»

La disposición ¿quién no la conoce? es la siguiente:

.S.  
.S. A .S.  
X M Y

La palabra *encima*, tan repetida, parece indicar que la lectura había de empezarse de abajo arriba, y los puntos, siempre igualmente colocados, como que corresponden á oraciones que los necesitan en la forma acostumbrada de las inscripciones, en esta disposición: X .S. MA .S. Y .S.

La falta del punto entre la M y la A se explicaría por ser las letras del nombre de *Maria* que con frecuencia forman anagrama. La disposición piramidal no chocará á quien conozca las signaturas de los Notarios apostólicos, ni que las imitase Colón, al que conozca sus aptitudes caligráficas.

No hay, pues, gran violencia en suponer que, siéndole conocida al Almirante esta invocación, muy en uso sin duda entre marineros, la adoptase para su firma, añadiéndola el nombre de *Joseph* ó de *Jhesus*, por razones de devoción y de simetría.

Admitida la hipótesis, las famosas siglas se explicarían por estas tres invocaciones:

Jesus. Saluans. Maria. Saluans. Joseph. (ó Jhesus.) Saluans.

Esperemos, sin embargo, para decidirnos, nuevas y más convincentes interpretaciones, que no han de faltar seguramente.

Antoni Olzina; Johan de Monteleoni; Andria de Anuarapi; Johanico de Murcia; Jaume Palau; Antoni Burascho; Palerm de Sorento; Cola Esquiano de Sorento; En Sebastiano; Johan Roig, catalá; En Johan del Mori. — Companyons. — En Damia Fest, bombarder; Franci Gengor; Bertho Aymerick; Johan Prats; Petro de Ponça; lo Portugués; En Francis Mongo; Migualet Pinta; Blasi de Ferra; Johan de Cordoba; Johan de Flandes; Anthoni Aznar; Cesaro d'Orfano; Martin de Ratia, viscay; Antoni di França, sastre; Johan Catorre; En Büt; Luis Parent de Dolesa; Johan Moreno; Stephano Corço; Ferrando de Madrigal; En Olivares; Benet Sempol; Johan Sempol; En Roures; Viner; Johan Alfonso d'Oriola; Octoviano, frare de Munguello; Novello del Secretari; Pacifico Lopiano; Saldiubene de Messina; Vice di Barleta; Muni de Llentí; Martinet del Conut; Johan, negre; Garga; Jolia, negre; Jordí, negre; lo turch del Escrivá; Tomas Moriscat; Macia, Salines; Antoni, negre; Antoni, turch; Angelo, turch; Johan, genovés; Aceu, turch; Muça, turch.

Al terminar este artículo, leo en el libro citado del Sr. C. de Lollis (pág. 42) que su amigo el Dr. Selvagnini anuncia «*la scoperta singolarmente importante da lui fatta di un documento il quale describe, negli identici termini usati da Don Fernando, una mischia che ebbe luogo nelle acque del Capo San Vicente l'anno 1476.*» Con la diferencia del lugar del combate, ese documento que ha de publicar el Sr. Selvagnini vendrá á dar nueva fuerza al que dejo transcrito. Así para éste, como para los demás puntos del artículo, excepto el último referente á las siglas, me he valido de buenas fuentes, como son: el ms. G-29 de la Biblioteca nacional intitulado «*Alfonsi Palentini historiogr. gesta Hispaniensia*» y «*Belli adversus Granatenses narratio*», del mismo autor que, como hemos visto, intervino en algunos de los hechos que refiere.

ANTONIO PAZ Y MÉLIA.

